

"Tras los muros del silencio representa el primer libro que Crespo, autor, ha querido entregarnos para que sea nuestro con sus cumbres y abismos. No comporta un mero punto de partida; tampoco de llegada. Significa el transcurrir en la vida del poeta, sus saldos provisionales, si se quiere".

(Rafael Flores Montenegro)

Prólogo

Cuando el autor da por concluido un libro, en términos modernos, esa obra deja de pertenecerle. Son los lectores quienes la harán suya, en azarosas lecturas. Hasta darla terminada, el autor puede hacer muchas cosas con sus textos: no sólo corregir, sumar y restar partes. También puede abjurar de ellos y condenarlos al silencio o al fuego. Sin embargo, contra los aludidos impulsos saturnales, un libro, conforme avanza su construcción, encarna más entidad, más personaje... hasta cuasi-persona. Puede ocurrir que se convierta en quien imponga leyes a su creador. *Tras los muros del silencio* representa el primer libro que Crespo, autor, ha querido entregarnos para que sea nuestro con sus cumbres y abismos. No comporta un mero punto de partida; tampoco de llegada. Significa el transcurrir en la vida del poeta, sus saldos provisionales, si se quiere.

Más que una "silva de varia lección" como lo diría Baltasar Gracián, es una silva de vario vivir. Y no sólo del vivir propio de uno, como deseaban los aventureros del siglo XIX, sino de vidas ajenas captadas en el momento de ebullición o de caída. Si "yo es otro" desde Rimbaud, para poder serlo en fecundidad ha de salirse de sí, ejercitarse. Hay muchas esquinas donde detenerse a saborear, o a intuir en este libro: quiero decir materia para días y noches de estar despiertos, que son los mejores. Nos detendremos en algunas de esas esquinas y que distintos lectores lo hagan en otras, de los magníficos azares que proponen los poemas.

Crespo elige su material poético, pero no descarta claves. Obstinado en dar forma a la tropelía de signos con los que estamos hechos, aprovecha desde las sugerencias de una película hasta la áspera soledad post-alcohólica. Maldito, no por gratuidad, es consciente de que el mal cabalga por el mundo como anda el bien, y que es mejor no disfrazarlo porque ello sólo sirve para esconderse... o les viene al punto a quienes desde antiguo usan una piel de cordero como coraza. Cuando tiene que afrontar la esperanza deshojada, asumir el final de las ilusiones con sus saldos terribles, planta la mirada torva y cierto desdén por las inocencias perdidas. Observa cómo "la primavera pasa inadvertida en los carteles" mientras todos corren en sus absurdas prisas personales. Existimos, ciertamente, en los modernos calendarios del reloj; ya las estaciones no sirven para contar el tiempo de la vida. Luego celebra la frescura de las pruebas, o eleva su ánimo habitando vanguardias que no son banderías, sino el puro juego de inventarse la casa nueva por unas horas.

El poema suda, sangra, escupe una belleza que puede justificarse desde otros autores afines, que contaron parecidos avatares del vivir. Crespo existe entre ríspidos e iniciáticos colegas del verso que, solícitos, apuntalan este libro: los invita a beber, a echarse una caminata para comprobar, otra vez, la llegada de la aurora en medio del desorden de los sentidos con las alas rotas de los ángeles. Podría decirse que la suya es una poesía que encuentra la manera de estar en nuestras reuniones mundanas, en los conciertos de rock, entre alcoholes y denuestos. Recurre a la música que educó su estética como al atropellado resumen de un cartel. Sería ocioso buscarle coherencia de géneros a la mane-

ra tradicional; si hay que contar sílabas, como a la hora de asumir prosaísmos, allí está con las botas puestas. Al cabo sabe que todo es ritmo, cadencia de la voz que declara "todo lo importante descansa suavemente bajo la sombra de tus labios", como le apostrofa vehementes cachetes al imperio que siempre porta en su mochila recuerdos del Apocalipsis. Así el poeta insta, en síntesis, la inversión de los valores, con ácido sarcasmo ante antiguas creencias, esperando al "hombre nuevo que crecerá sin temor a la sombra del Árbol de la Ciencia".

A lo largo del viaje, sentimos la presencia del amor con sus estaciones sexuales que ya no iluminan, ni traen el renacimiento: son un gesto más de la vida cotidiana, con ritos y clausuras... Aunque pueda ser la boca que aúlla ante las despedidas, o el encono por recuperar el deseo de otro amanecer tras el mediodía de la vida. O sea, la confianza de que "el verano borrará todos los dolores". Después nos preparará para sentir la presencia incorpórea del abuelo en las mejores páginas del libro. Tras fatigar la utopía texto a texto, somos invitados a volver a ciertos cauces donde voces que hicimos nuestras nos convocan, ya en la música que van dejando los versos, o en el fulgor de ideas que persisten.

Rafael Flores Montenegro.